COLUMNA 10

Sumario

Entre el infierno y la razón, *Albert Camus*.
El conflicto **Indo-Pakistano.**
Malasia: una invención de la guerra fría.
¿Qué amenaza al dólar?, *V. Perlo*.
Bombardeos por desesperación.
El físico Mario Schömberg arrestado en **Brasil.**

CONFLICTOS EN ASIA

Editores responsables

Mischa Cotlar
Cora Ratto de Sadosky
Francisco Bullrich

Nº 4 - Octubre de 1965 m$n. 30.-

LOS DIARIOS TIENEN, GENERALMENTE, NUEVE COLUMNAS; COLUMNA 10 ASPIRA A CONTENER INFORMACIÓN QUE NO SE DIFUNDE NORMALMENTE Y QUE PUEDE SER ÚTIL PARA UNA CORRECTA COMPRENSIÓN DE LA REALIDAD ACTUAL.

Guerra en Vietnam y en la frontera indo-pakistana, convulsiones en Indonesia, represión en muchos países de América Latina... para no señalar más que los problemas agudos que se producen sobre el trasfondo crónico de hiperdesarrollo y miseria, de conflictos monetarios, rivalidades políticas y luchas ideológicas.

Tal el panorama complejo que tratamos de ayudar a comprender.

Esta vez hemos optado por la clarividencia premonitoria de Camus y la información varia que será útil, tamizada y repensada a través de la mentalidad de cada uno.

Insistimos en nuestro propósito primero: sin pretender alardear de una objetividad imposible, proponemos al lector que juzgue, por sí mismo, opiniones que en general no son las nuestras pero que consideramos honestas.

ENTRE EL INFIERNO Y LA RAZON

por ALBERT CAMUS



El 5 de agosto de 1945 explotó sobre Hiroshima la primera bomba atómica y tres días después, Albert Camus escribió el editorial de su periódico "Combat" que a continuación reproducimos. En el número de setiembre de COLUMNA 10 hemos publicado un artículo en el cual se analizan las causas, fundamentalmente políticas, que provocaron el crimen de Hiroshima. Creemos que ese análisis científico se complementa bien con la explosión de indignación premonitoria de Camus.

El mundo es lo que es, es decir poca cosa. Esto lo sabemos mejor que nunca desde ayer gracias al formidable concierto que la radio, los diarios y las agencias de información nos han dado a propósito de la bomba atómica. Nos informan, en efecto, en medio de multitud de comentarios entusiastas, que cualquier ciudad de mediana importancia puede ser totalmente arrasada por una bomba del tamaño de una pelota de fútbol. Diarios norteamericanos, ingleses y franceses se extienden en elegantes disertaciones sobre el porvenir, el pasado, los inventores, el costo, la vocación pacífica y los efectos guerreros, las consecuencias políticas y aun el carácter independiente de la bomba atómica. Nosotros podemos resumirnos en una frase: la civilización mecánica acaba de llegar a su último grado de salvajismo. Va a haber que elegir, en un futuro más o menos próximo, entre el suicidio colectivo o la utilización inteligente de las conquistas de la ciencia.

Entre tanto, está permitido pensar que es una indecencia celebrar así un descubrimiento que se pone primero al servicio del más formidable odio destructivo de que el hombre haya dado prueba en muchos siglos. Nadie, a menos de ser un idealista impeni-

tente, soñará ya en asombrarse que la ciencia, en un mundo librado a todos los desgarramientos de la violencia, incapaz de ningún control, indiferente a la justicia y al simple bienestar de los hombres, se consagre a la matanza organizada.

Estos descubrimientos deben ser consignados, comentados en su justo valor, anunciados al mundo para que el hombre tenga una clara idea de su destino. Pero rodear esas terribles revelaciones de una literatura pintoresca o humorística, se convierte en algo insoportable.

Ya no se respiraba fácilmente en un mundo torturado. Y he aquí que se nos propone una angustia nueva, una angustia que tiene todas las probabilidades de ser definitiva. Se ofrece sin duda a la humanidad su última chance. Y se hace de eso el pretexto de una edición especial. Pero debería ser, en cambio, el tema de algunas reflexiones y de mucho, angustiado, silencio.

Por otra parte, hay otras razones para acoger con reservas la novela de utopía que los diarios nos presentan. Cuando se ve al redactor diplomático de la agencia Reuter anunciar que este invento vuelve caducos los tratados y añejas las decisiones de Postdam, cuando se le ve señalar que ya es indiferente que los rusos estén en Koenisberg o los turcos en los Dardanelos, entonces no podemos evitar suponer que este bello concierto tiene intenciones bastante ajenas al desinterés científico.

Queremos que se nos comprenda bien. Si los japoneses capitulan después de la destrucción de Hiroshima y por efecto de la intimidación, nos alegraremos. Pero seguiremos rehusándonos a sacar de una noticia tan grave otra cosa que la decisión de abogar, más enérgicamente que nunca, en favor de una verdadera sociedad internacional en la cual las grandes potencias no tendrán derechos superiores a los de las pequeñas y medianas naciones, en la cual la guerra, azote convertido en definitivo por el solo efecto de la inteligencia humana, no dependerá más de los apetitos o de las doctrinas de tal o cual Estado.

Ante las aterrorizantes perspectivas que se abren a la humanidad, comprendemos aún mejor que el de la paz es el único combate que merece la pena de ser librado. Ya no es más un ruego sino una orden, la que debe elevarse de los pueblos a los gobiernos, la orden de elegir, definitivamente, entre el infierno y la razón.

8 de agosto de 1945

EL CONFLICTO INDO-PAKISTANO

En el New Statesman *del 9 de setiembre último se publicó como editorial el artículo que hemos traducido y que se refiere al conflicto indo-pakistano.*

Pocos episodios en la historia son más trágicos que el espectáculo de dos países inmensos, agobiados por la pobreza y fundamentalmente pacíficos, arrojándose el uno contra el otro por causa de una provincia montañosa. Ninguna cuestión de principios está en juego, a no ser el fanatismo religioso; ninguna de las partes puede salir favorecida, sólo puede todo esto servir de combustible a los hornos del nacionalismo ciego. La guerra por Cachemira es un crudo disfraz de todo cuanto hay de irrazonable en el mundo. Las manifestaciones patrióticas en Delhi y en Karachi invitan a una penosa comparación con las turbas insensatas y entusiastas que marcharon por las calles de Berlín y París en agosto de 1914.

Este paralelo sugiere cuán hipócrita resulta la postura del resto del mundo, y la de las grandes potencias en particular, al levantar los brazos en un gesto de horror pío. La decisión por parte de la India y Pakistán de batirse por Cachemira es la consecuencia del progresivo deterioro de los instrumentos de seguridad colectiva. A lo largo de la última década, la autoridad de la UN y de sus resoluciones ha sido paso a paso socavada. Inglaterra y Francia establecieron un nuevo patrón en Suez en 1956. Desde entonces el general De Gaulle y los líderes soviéticos se han rehusado persistentemente a hacer frente a las obligaciones financieras, dificultando las operaciones de la UN, y han considerado sus principios criticables. Muchos de los nuevos miembros han aclarado que consideran a la organización como un puro instrumento en el juego de la política de poder, por lo cual ninguna obediencia o lealtad le es debida. Los EE.UU., en su propio hemisferio y en el Lejano Oriente, ya no se preocupan por referir sus acciones bélicas a la UN. Ésta se ha convertido así en un símbolo no de la seguridad colectiva sino de la culpabilidad colectiva. De allí que no pueda sorprender que su orden imperativa de que cese el fuego no sea obedecida.

Pero la responsabilidad del resto del mundo no reside sólo en la mutilación de la UN. La disputa de

Cachemira hervía desde hacía una década y media sin que se llegara al desastre, cuando China invadió a la India en 1962. Este acto crucial disminuyó decisivamente el sentimiento de seguridad de la India, que había sido el cimiento de su política internacional pacifista. A esto siguió el acuerdo entre China y Pakistán, lo cual incrementó el temor de la India al surgir el espectro de una guerra en dos frentes; ello condujo involuntariamente a la India a la Guerra Fría y la forzó a embarcarse en una carrera armamentista aceptando una creciente ayuda militar de Occidente. Su presupuesto para armamentos pasó de 246 millones de libras en 1962 a 678 millones en la actualidad, a lo cual debe agregarse la ayuda militar proveniente del exterior, que alcanzará los 267 millones de libras en 1968.

Por otra parte, los nuevos cazas supersónicos, cohetes tierra-aire, tanques y submarinos modernos debían alterar decisivamente el equilibrio militar en favor de la India. Con la adquisición de estas armas, los riesgos de un enfrentamiento con Pakistán crecieron correspondientemente. Desalojar a la India de su postura neutralista ha sido, indudablemente, la intención de China como parte esencial de su plan de asumir el liderazgo del mundo afro-asiático. En este sentido ha logrado un éxito, y es así indirectamente responsable por el conflicto.

El último eslabón en la cadena de acontecimientos internacionales fue la actitud del presidente Johnson, quien después de obtener una victoria electoral aplastante no se decidió a resolver mediante un arreglo la guerra de Vietnam. Su escalamiento unilateral del conflicto (con el apoyo moral y diplomático del gobierno laborista inglés) constituyó una invitación a las potencias asiáticas a rechazar la negociación y recurrir a la guerra allí donde presumían tener superioridad militar. El horror creciente de la guerra de Vietnam ha dejado una honda impresión en la mente de los asiáticos, intensificando sus temores y socavando su confianza en el orden internacional. Cuando la nación más poderosa de la tierra (que tiene por lo tanto el deber de actuar responsablemente) prefiere la guerra a la ley, no puede sino esperarse que los estados más débiles e inseguros sigan su ejemplo.

Pero este trasfondo de culpabilidad no exime, por supuesto, a las autoridades de la India y Pakistán de culpabilidad. En cualquier momento en el trascurso de estos últimos 18 años, ha sido posible idear una solución razonable para Cachemira que, descontada la mutua buena voluntad, podría haber sido aceptada por sus habitantes: un ajuste de la línea de cese de fuego, un plebiscito supervisado o aún la creación de un estado independiente garantizado por las dos partes eran alternativas posibles. La India siempre sintió que cualquier solución del género significaría una pérdida de territorio, y en este sentido se opuso siempre a todo arreglo de este tipo. En un mundo imperfecto, la India se contentaba con el *statu quo*, y pretendía delegar a la UN al papel de mera supervisora de la línea de cese de fuego. De allí que Pakistán, creyendo con cierta justicia que el *statu quo* debiera ser alterado a su favor, tenía un incentivo positivo para recurrir a la violencia como un medio de reabrir la discusión de fondo. Existió siempre por lo tanto una razón lógica que permitía presumir que la guerra estallaría tan pronto como Pakistán sintiera que podía arriesgarse a un conflicto. La intervención de China proveyó los elementos necesarios para alimentar la confianza del Pakistán, y el rearme de la India hizo parecer urgente un enfrentamiento.

A partir de 1962, la India tenía un incentivo creciente para arreglar pacíficamente el asunto. La creación por parte del presidente Ayub de un régimen estable ofrecía a la India la mejor esperanza de un compromiso razonable. Esto desde ya hubiera implicado alguna pérdida de territorio controlado hoy por la India; pero Nehru, ejerciendo su autoridad excepcional, podría haber logrado que la opinión hindú aceptara el arreglo. Después de su muerte, las posibilidades de un acuerdo inevitablemente se esfumaron. Shastri, si bien estaba dispuesto (a igual que Ayub) a lograr un acuerdo, era políticamente demasiado débil para imponérselo a la opinión india o tan siquiera para rechazar las exigencias de una política "más firme". A fines de 1964 la India procedió a imponer la ley y la Constitución India en Cachemira, lo cual era una violación del *statu quo* que Nehru, acertadamente, se había negado a autorizar. En mayo fue nuevamente arrestado el sheik Abdullah, una figura clave en cualquier compromiso. Pakistán, en represalia, procedió a incrementar las incursiones por parte de fuerzas irregulares a la zona de Cachemira controlada por la India. Esta, a su vez, ejerció el derecho de perseguir a estas fuerzas en territorio

pakistano. A esta altura de los acontecimientos Pakistán lanzó sus ejércitos regulares a una ofensiva a través de la línea de cese de fuego. El 6 de septiembre la India invadió territorio pakistano.

Resulta difícil establecer cuáles son los objetivos bélicos que cada una de las partes imagina poder lograr. Pareciera lógico pensar que Pakistán se propone ampliar el conflicto al punto de obligar al mundo entero a tomar nota de él y permitir así una reapertura de la discusión de fondo sobre el tema de Cachemira. Asimismo, a la India puede parecerle esencial, si el presente *statu quo* en Cachemira ha de resultar alterado, reforzar su posición de negociación en la mesa de conferencias ajustando las fronteras fuera de Cachemira a su favor, tanto estratégica cuanto tácticamente. Pero el estadio en el cual consideraciones relativamente razonadas como éstas determinan las acciones, pareciera haber sido sobrepasado. La guerra tiene su propia dinámica y ésta, como en 1914, no puede ser controlada por los políticos. El peligro es que cada una de las partes recurra al bombardeo indiscriminado y que las masacres entre comunidades estallen como consecuencia.

El primer objetivo de las grandes potencias debe ser asegurar que el conflicto quede limitado al subcontinente. Esto no debiera ser muy difícil. A pesar de su creciente debilidad, la UN puede todavía actuar con efectividad si los EE.UU. y Rusia están dispuestos a actuar en forma concertada. Rusia ha abandonado su posición de defensa partidista de la India y parece dispuesta a apoyar los esfuerzos angloamericanos para contener la guerra, o al menos para no entorpecerlos. El presidente Johnson debe dar a los dirigentes soviéticos el máximo estímulo para participar en cualquier acción pacificadora que emprenda el Consejo de Seguridad. El riesgo seguiría siendo la intervención china. Hasta aquí la prensa china ha apoyado cálidamente la causa pakistana en Cachemira, a la que califica como una "guerra del pueblo", pero hasta ahora no hay signo alguno de que China se prepare a prestar ayuda militar (aun cuando la nota china del día 3 sea omnimosa).

Resta la tarea de poner término a la lucha misma. Los esfuerzos de U Thant para mediar en el caso pueden recibir el apoyo de una presión conjunta de los estados afro-asiáticos miembros del Commonwealth. El objetivo, a esta altura de los acontecimientos, no sería debatir los méritos de la controversia sobre Cachemira, sino asegurar el cese del fuego y el retiro de las tropas regulares detrás de las fronteras *ante-bellum*. La presencia de la UN ha de ser reforzada en toda eventualidad y debieran emprenderse inmediatamente los preparativos para reclutar y financiar una fuerza internacional de pacificación. Todas las potencias ajenas al conflicto debieran suspender el envío de armas (una declaración conjunto de Rusia, EE.UU. y Gran Bretaña estaría siendo considerada). También debiera considerarse la posibilidad por parte de las potencias capitalistas y del bloque comunista de suspender la asistencia económica: la necesidad de tal ayuda ha de ser mucho mayor al término del conflicto armado, pero la temporaria suspensión podría muy bien hacer comprender a los dirigentes indios y pakistanos la gravedad de sus acciones.

Aun cuando la guerra pueda concluirse rápidamente, muchos daños se habrán producido. Una disminución apreciable de los planes económicos de ambos países parece de momento inevitable. Las reservas de la India se encuentran reducidas a 150 millones de libras y el déficit para 1965 se calcula en 275 millones de libras. Nueva Delhi admitió esta semana que el plan quinquenal 1966-71 deberá ser reestudiado (si es que puede salvarse de algún modo). En ambos países la influencia militar se ha incrementado considerablemente; esto, unido a la proliferación del sentimiento de enfrentamiento entre las diversas comunidades del subcontinente, ha de hacer mucho más difícil la restauración de la democracia en el Pakistán y su mantenimiento en la India. Puede ser que al precipitarse al borde del abismo ambos países recobren en el proceso la sensatez y adviertan la futilidad de la guerra como solución de sus problemas. Por cierto que el resto del mundo habrá podido recordar cuáles son los peligros de un nacionalismo sin freno y reflexionar sobre la necesidad urgente de restaurar, mediante un esfuerzo conjunto, las normas de un comportamiento internacional civilizado.

Pero estos beneficios incidentales son para el futuro. El mundo debe ahora concentrar sus energías en poner término a la matanza.

Colabore con **COLUMNA 10** suscribiéndose.

Envíe la Ficha de Suscripción a C.R.S., Casilla de Correo Central 1811, Capital Federal, Argentina.

MALASIA: Una intervención en la guerra fria

por FENNCE BROCKWAY
(Lord Brockway of Eton and of Slough.)

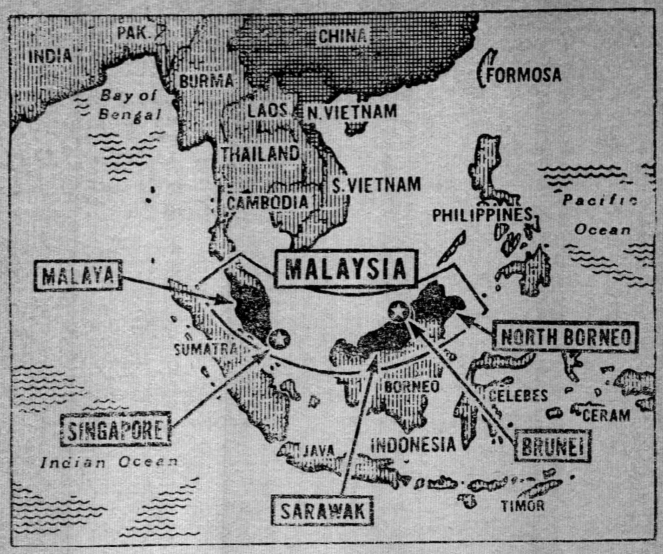
Todos reconocemos cuán grave es el conflicto de Vietnam para el futuro del Sudeste asiático. Pocos, sin embargo, perciben que la confrontación entre Indonesia y Malasia es igualmente seria. El resultado de este enfrentamiento ha de determinar las condiciones en que se ha de configurar la organización de ese vasto archipiélago, habitado por más de 100 millones de hombres, que se extiende como un arco alrededor de la tierra firme.

Mírese el mapa. China desplegándose al norte. Luego Burma, la antigua Indochina francesa (hoy Vietnam, Laos y Cambodgia) y Tailandia. Más abajo, como una media, Malaya con Singapore en la punta. Más al sur la serie de grandes islas que forman Indonesia, extendiéndose hasta las Filipinas al este.

China, país comunista al igual que Vietnam del Norte. En el Vietnam del Sur una guerra que ha de decidir si ha de convertirse en un estado comunista o en un titere norteamericano. ¿El resultado? Inevitablemente ha de ser, en toda esta área, revoluciones sociales que derrocarán el feudalismo y el poder de los reducidos grupos más pudientes; nuevos sistemas que los EE.UU. habrán de calificar de comunistas, pero que no necesariamente han de alinearse junto a China. Probablemente no lo hagan.

Es sólo en este contexto más amplio que uno puede comprender la confrontación entre Malasia e Indonesia. ¿Cuál ha de ser el futuro de este vasto arco del Sudeste asiático? Comunista, aliado del Occidente, o neutral? Esto constituye, en realidad, uno de los problemas de la extendida Guerra Fría: su segunda fase, que ha convertido a China en el Enemigo Nº 1 de Occidente en reemplazo de la Rusia Soviética.

Malasia es una espada forjada por Occidente y clavada en el cuerpo del Sudeste asiático, separando el continente propiamente dicho, Tailandia e Indochina (donde el conflicto ha adquirido contornos sangrientos, pero cuyo resultado último no parece dudoso) del archipiélago indonesio, cuyo pueblo y gobierno están comprometidos en una revolución social, y se esfuerzan por mantenerse no alineados, pero que



están siendo estúpidamente presionados por el Occidente a acercarse cada vez más China. Malasia es un estado artificial, un bastardo de la Guerra Fría, una criatura enferma que no puede sobrevivir por largo tiempo en el entorno en el cual fuera concebida.

Obsérvese su origen. Su padre fue Inglaterra. Sus financistas poseían en Malasia minas de estaño y plantaciones de caucho. Tenía bases militares en Malaya y una muy poderosa en Singapore vinculada a una avanzada en el Lejano Oriente, Hong Kong. Estas bases eran en parte la herencia de un poder imperial ya perdido, y en parte, en Malaya, de una lucha en la selva contra las guerrillas comunistas. La madre era Malaya, orgullosa de su raza malaya, a pesar de su gran población china e india, naturalmente unida a esa pequeña isla que es Singapore, pero temerosa de ella debido a su población china (pudiera ésta no resultar desleal) y a la fuerte convicción socialista de su pueblo (inclusive Lee Kuan Yew, el primer ministro, si bien es rabiosamente anticomunista, se declara socialista). Fue así que Inglaterra y Malaya hicieron el amor. Concibieron a Malasia, que debiera no sólo unir a Malaya y Singapur, sino que debiera unir tres territorios británicos en la masiva isla de Borneo, tres cuartas partes de la cual pertenecen a Indonesia, las colonias y protectorados de Sarawak, Brunei y Sabah. El padre tendría el

hijo que quería: un reducto militar, incluyendo las bases de Malaya, las bases dominantes de Singapur y las bases en la isla de Borneo, que protegerían el estaño y el caucho y proveerían una fuerte defensa contra el comunismo en el Sudeste asiático. La madre obtendría su deseo, una población en los territorios de Borneo para equilibrar la temida población china de Singapur. Esto les dio alegría.

Pero mientras la madre se encontraba todavía encinta surgió un rival de Inglaterra. El gran vecino Indonesia y la más distante Filipinas propusieron una reunión en Manila para convenir la unión de los tres países. Malaya se sintió halagada. Podría convertirse en una parte prominente de una potencia mayor que Malasia y aún más malaya. Fue a Manila, anduvo muy bien con la piernuda Indonesia, y surgió la nueva idea de una gran confederación que debía asociar a Malaya, Singapur, Indonesia (incluyendo a Borneo y los territorios británicos) y las Filipinas. Malasia sietemesina fue olvidada. Inclusive Filipinas reclamaba su parentezco parcial con Sabah en Borneo.

El padre, Inglaterra, se sintió ultrajado por la infidelidad. El nacimiento de Malasia debía ser apresurado. Se ideó una cesárea. En la reunión de Manila se había acordado que se solicitaría a las Naciones Unidas el envío de una comisión a Borneo para decidir si los tres territorios británicos querían convertirse en miembros de Malasia. Inglaterra, ansiosa, no quería esperar. Los cirujanos fueron llamados a operar y Malasia había nacido antes de que la comisión pudiese informar. Como regalo de natalicio, Malasia recibió el reconocimiento de la UN (basado en elecciones anteriores de dudosa validez y no en un referéndum tal como se había supuesto); pero Brunei optó por no entrar en la combinación no deseando entregar la posesión de los ricos pozos petrolíferos. Malasia un poco deformada fue finalmente destetada.

La crítica que aquí hacemos a Malasia no es que sea una federación de un grupo de estados. En un mundo que se contrae, los estados vecinos vinculados étnica y geográficamente deben federarse. La crítica que se le hace es que Malasia no fue concebida como una unión natural y espontánea de miembros asociados, sino como un plan militar y estratégico impuesto a los pueblos desde arriba. Fue arreglado por Inglatera y Malaya por motivos militares y raciales. No quisiera engañar. Visité las naciones involucradas en la cuestión poco antes del nacimiento de Malasia. Mi estimación fue entonces que una amplia mayoría del pueblo de Malaya estaba en favor del nuevo Estado, en Singapur había una pequeña mayoría, en Sarawak las opiniones estaban divididas en partes iguales y en Brunei la mayoría estaba en contra, en tanto que en Sabah la mayoría de los políticamente informados estaban a favor. Esto otorgaba una mayoría a Malasia; pero debe decirse que cuando los gobiernos y la administración colonial están en favor de un proyecto, es fácil obtener una mayoría que lo acepte. La creación de un estado nuevo y vital requiere un entusiasmo masivo y dinámico, verdadera unidad de propósito, y todo ello estaba ausente en este caso. Malasia no era la expresión de la voluntad consciente de un pueblo. Fue sólo urdida.

Le tocaba ahora a Indonesia el turno de sentirse ultrajada. Estaba abismada por la blanda aceptación de Malasia e indignada con Inglaterra por su destrucción del acuerdo de Manila. Indonesia no declaró la guera, sino la "confrontación", una guerra menor. Sus tropas se concentraron en Sarawak y Sabah en Borneo realizando incursiones en territorio malario. Infiltrados indonesios atravesaron el estrecho y penetraron en Malaya. Gran Bretaña reaccionó con el garrote. El gobierno laborista que sucedía a un gobierno Tory, envió a Malasia 40.000 hombres para defender a un estado miembro del Commonwealth.

En verdad el Commonwealth está dividido en el problema de Malasia. Algunos de sus miembros consideran obligatoria la defensa de otro miembro. Otros estados, asiáticos y africanos, consideran a Malasia como una imposición neocolonialista. Esto fue objeto de una controversia en la conferencia de Primeros Ministros celebrada en Londres. El tema también fue debatido en la conferencia de ministros de relaciones exteriores afroasiática.

El presidente Sukarno ha hecho dos propuestas que dan pie a las mejores esperanzas. La primera es que los tres gobiernos que concluyeron el acuerdo de Manila —Filipinas, Indonesia y Malasia— establezcon una comisión conjunta de negociación y designen un presidente indepediente, de otro país, para guiar las conversaciones. El presidente Sukarno se comprometió a aceptar las conclusiones de esta comisión.

Esta propuesta debió haber contentado a Gran Bretaña (y en el fondo a los EE.UU.), pues el gobierno filipino se inclina a Occidente y con Malasia se podría haber asegurado que el presidente de la comisión fuera una persona aceptable para Occidente.

La segunda propuesta era que se designara una misión afroasiática de buenos oficios para mediar. Nuevamente el presidente Sukarno prometió aceptar sus recomendaciones.

Otra posibilidad sería que la conferencia de Primeros Ministros del Commonwealth propusiera una misión de buenos oficios de entre sus miembros afroasiáticos, extendiéndose para incluir a Canadá que parece adoptar una posición objetiva e imparcial en estos asuntos.

Mi crítica al comportamiento del gobierno inglés desde que comenzara la "confrontación" indonesia es que se ha concentrado en el envío de tropas y armas a Malasia en lugar de promover un arreglo por vía de negociaciones. Aparte de la urgencia que existe en poner un término a la pérdida de vidas humanas y de llevar la paz al Sudeste asiático, los planes económicos de Harold Wilson para Inglaterra requieren una drástica reducción de los gastos para la defensa, y esta era una oportunidad para asegurarla.

Tarde o temprano —¿y por qué no ha de ser temprano?— debemos volver al espíritu de Manila que fue saboteado por el establecimiento precipitado de Malasia. Las etapas y procedimientos para formar una confederación pueden requerir una revisión; es de suma importancia que no se repita la artificialidad de Malasia y que tenga el apoyo espontáneo de todos los pueblos. Quizás fuera oportuno acordar autodeterminación a las naciones (particularmente a Sarawak, Brunei y Sabath) en primera instancia, de modo tal que la eventual conferencia pudiera llevarse a cabo entre iguales: puede inclusive suceder que los tres ex territorios británicos deseen formar una federación dentro de la confederación. Estos y otros problemas similares pueden sólo resolverse en condiciones de libertad y en una atmósfera amistosa. Si los gobiernos afro-asiáticos pueden contribuir hacia este objetivo habrán prestado un señalado servicio al Asia y a la paz del mundo.

(*The Minority of One*, setiembre 1965)

¿QUE AMENAZA AL DOLAR?

por VICTOR PERLO

Con la proliferación de controles, subsidios gubernamentales y sistemas de "cartel", los multimillonarios norteamericanos han retenido para sí mismos una libertad casi absoluta: el derecho ilimitado a hacer lo que quieran con su dinero. Nadie en Washington ha interferido en la marcha de sus negocios. Pero toda la maquinaria administrativa de Washington ha estado a su disposición para acudir a salvarlos, en cualquiera de los seis continentes, donde sucedía algo que no les convenía.

Esta libertad excepcional en un mundo caracterizado por restricciones casi universales, refleja el dominio de la banca, la industria y el armamento norteamericano en el "mundo libre". Ha sido una dulce libertad para un puñado de beneficiarios, ya que les permitió maniobrar con mucha flexibilidad, acumular posiciones de poder y recoger ganancias en una escala nunca imaginada previamente.

Pero ahora, debido a la decadencia del dólar norteamericano, esta libertad está acabando. Los multimillonarios se han visto forzados a organizar restricciones a nivel gubernamental que los afectarán a ellos mismos tanto como al resto de la población y que, inevitablemente, con el tiempo se irán definiendo progresivamente y volviéndose más rígidas. Un ejemplo son las medidas tomadas durante 1964 y principios de 1965 para preservar el valor y el status del dólar. Un significado más profundo de este fenómeno es la declinación y el fin cercano de la dominación estadounidense en vastas zonas de la tierra.

La libra inglesa y el dólar norteamericano han estado sujetos a ataques cada vez más severos. La crisis financiera de las monedas anglosajonas —y pienso que ahora el problema es suficientemente serio como para denominarlo crisis— refleja los principales conflictos económicos y políticos del mundo actual:

1º) Un esfuerzo de intensidad sin precedentes para exportar capitales excedentes, americanos e ingleses, y la resistencia de los otros países para aceptar esos capitales.

2º) La rivalidad cada vez más pronunciada entre Europa Continental por un lado y Gran Bretaña y los EE.UU. por el otro, que se extiende desde el co-

mercio y las finanzas hasta las esferas de influencia económica en países de ultramar.

3º) Las guerras coloniales norteamericanas y británicas en Vietnam y Malasia.

4º) Los problemas creados por las bases norteamericanas, desde Okinawa hasta la zona del Canal de Panamá.

5º) La guerra económica de Washington contra la Unión Soviética.

6º) Por último, aunque no menos importante, la lucha contra el *Apartheid*.

Como se sabe, los Estados Unidos y la Gran Bretaña tienen déficits crónicos en sus balances de pago internacionales, que tarde o temprano deben ser saldados con oro. Algunos economistas consideran el uso del oro como un anacronismo. Los banqueros norteamericanos, que aún tienen más oro que ningún otro grupo de poder, hablan como si realmente quisieran abolir su utilización con ese fin. Pero la posición del oro es tan independiente de su voluntad como lo es el deseo de De Gaulle en sentido contrario. La superaceptabilidad del oro como único depositario de riqueza universal está tan fijamente embebida en la estructura de esta sociedad como la misma institución de la propiedad privada.

El oro ha desaparecido del uso práctico como moneda en casi todos los países, pero retiene su funcionamiento como último medio para el arreglo de cuentas entre países. Durante las décadas de 1930 y de 1940, los Estados Unidos coleccionaron gran parte del capital mundial de oro. Una parte sustancial de este capital provino de los refugiados alemanes que escapaban de Hitler, y de otros capitales que trataban de encontrar un lugar seguro, a salvo de guerras y revoluciones. Otra fuente principal de ese oro lo constituía el virtual monopolio norteamericano sobre el abastecimiento de los mercados mundiales durante la Segunda Guerra Mundial, y los años de reconstrucción. En el momento culminante, los Estados Unidos poseían el 75 por ciento del oro del mundo capitalista.

Debido al inmenso poder económico de los Estados Unidos y a la necesidad de dólares para adquirir sus productos básicos, los dólares se convirtieron en algo virtualmente tan bueno como el oro, en las transacciones internacionales. Los bancos centrales llegaron a contar sus reservas en oro y dólares. Análogamente, para muchas ex-colonias y otros países de su órbita económica, Gran Bretaña continuó siendo el banquero, y la libra esterlina se convirtió en su principal moneda de reserva. Este sistema, basado en oro y las dos monedas clave, se denomina "patrón cambios-oro" (*Gold Exchange Standard*).

Con la guerra de Corea, la posición de los Estados Unidos comenzó a declinar financieramente, al principio en forma casi imperceptible, pero a partir de fines de la década de 1950, más rápidamente. Durante catorce de los últimos quince años, los Estados Unidos se encontraron con déficitis en sus compromisos de pago internacionales: habían adquirido más productos y servicios que los que habían vendido. Durante siete años consecutivos ese déficit ha excedido los 3 mil millones de dólares, totalizando lo suficiente como para acabar la reserva de oro de 23 mil millones de dólares existentes hacia fines de 1957.

Pero gracias al *Gold Exchange Standard*, más de la mitad de los balances negativos fueron absorbidos por bancos extranjeros, aumentando sus reservas en dólares pero sin recurrir al oro. A pesar de todo, las reservas noteamericanas de oro se edujeron a 14,5 mil millones de dólares, es decir 10 mil millones menos que la cifra récord. El presente stock de oro es aún menor, en relación con el volumen de las transacciones internacionales norteamericanas, que el existente antes de la segunda guerra mundial. Por otra parte, iguala tan sólo las dos terceras partes de los dólares en manos de extranjeros, en términos de convertibilidad. Y esto equivale a los recursos de oro combinados de los países del Mercado Común.

Los EE.UU. comenzaron a preocuparse por el déficit en los últimos meses de 1959, con la primera "corrida contra el dólar". Los EE.UU. habían dejado de acumular oro porque habían perdido el monopolio de los mercados internacionales, por el renacimiento de la competencia europea y japonesa y la estabilización política que originó el cese de aflujo de capital extranjero a los EE.UU.

Pero ¿por qué llegó a perder oro? Un análisis serio llega siempre a la misma conclusión: el origen real de los déficits de 4 mil millones anuales de dólares en las balanzas de pago internacionales se debe al costo de las bases de ultramar y a la manutención de los gobiernos y ejércitos títeres; es decir, es el costo de la expansión extranjera.

Los financistas de Wall Street nunca quisieron, ni antes ni ahora, sacrificar la expansión extranjera en

aras de una estabilización de la moneda. En cambio, se trató de conseguir aliados que compartieran el costo de la expansión norteamericana. Alemania Occidental cooperó comprando armamentos en cantidad suficiente como para balancear el costo de las bases militares norteamericanas en ese país. (Por lo tanto el Bunderwehr tuvo acceso rápido a las más modernas armas norteamericanas.) Arreglos bancarios internacionales colaboraron para atenuar en forma pasajera las presiones agudas: éstos incluían el uso del Fondo Monetario Internacional, arreglos de trueque monetario con un cierto número de países, establecimiento de un "pool" internacional del oro, el pago adelantado de ciertas deudas europeas a los EE.UU. y la cooperación masiva de los bancos centrales para resistir los ataques contra la libra, el dólar y la lira. Estas maniobras dilatorias ayudaban a resistir ciertos intentos de desplazamiento de las monedas anglo-sajonas, pero eran absolutamente inútiles a largo plazo. Incluso en ciertas circunstancias estas operaciones creaban problemas a posteriori, agregando nuevas dificultades al dólar.

Por su parte Washington aumentó el uso de créditos, subsidios y garantías para estimular las exportaciones. La conjunción de ciertas condiciones temporarias del mercado mundial permitió a los EE.UU. exportar un monto (no financiado por el gobierno) que superó la importación y así llegó a la cifra record de 3,7 mil millones de dólares de superávit durante 1964. Esto contribuyó a reducir el déficit de la balanza de pagos durante los primeros nueve meses de 1964, a la vez que indujo a Washington a un prematuro optimismo. Pero las condiciones de mercado del año actual son diferentes. El balance favorable será con seguridad más reducido y las perspectivas futuras se presentan contrarias a los EE.UU.

Perfectamente conscientes de este estado de cosas, los multimillonarios norteamericanos comenzaron a transferir cuidadosamente sus bienes en dólares a otras monedas, provocando una enorme salida de dinero improductivo en procura de una inversión de rendimiento inmediato. Durante el período 1960-1963 un promedio de 2 mil millones de dólares anuales salieron de los EE.UU. en término de inversiones de capital a corto plazo y "errores u omisiones" (término de la jerigonza oficial para designar los movimientos de dinero "caliente"). En 1964, justo cuando la situación comenzaba a mejorar en otros aspectos,

esta salida se aceleró hasta llegar a los 3 mil millones por año, de los cuales 1,5 mil millones salieron en los últimos tres meses del año. Esto canceló las ganancias de los nueve meses anteriores.

Fue por esto que en 1963-64 Washington se vio obligado a interferir en los movimientos de capital, gravando con impuestos la mayoría de las ventas de acciones y bonos extranjeros a norteamericanos. Como lo predije en esa misma época, los fondos bloqueados se escaparon a través de otros canales que habían quedado bien abiertos. Los préstamos bancarios al exterior aumentaron más de lo que declinó la compra de dichos bonos y acciones extranjeros.

Fue en ese momento cuando los EE.UU. fueron golpeados por la crisis más severa de la libra: la crisis económica de noviembre de 1964.

Gran Bretaña, económicamente la más débil de las potencias occidentales, trata, como los EE.UU., de mantener sus bases de ultramar y otras posiciones colonialistas y absorbe gastos que es aún menos capaz de afrontar. El ataque contra la libra no fue sólo contra la moneda inglesa: estaba dirigido en realidad contra el dólar; tanto por la íntima colaboración entre los bancos centrales de EE.UU. y Gran Bretaña como porque se sabía que la devaluación de la libra forzaría la devaluación del dólar.

Los EE.UU. y otros gobiernos acudieron pues al rescate de la libra con un crédito de 3 mil millones de dólares a plazo extremadamente corto para aliviar las tensiones inmediatas. Es a esta altura cuando puede sospecharse que los EE.U.U apretaron realmente las clavijas. En efecto, puede uno preguntarse: ¿los ingleses abandonaron el diseño y manufactura de aviones militares avanzados y accedieron a comprar modelos norteamericanos como el precio de un apoyo económico estadounidense continuado? Según algunos periódicos financieros ingleses, el temor a que Washington dejara hundirse a la libra junto con Malasia fue la razón de la prédica de Wilson en favor de la política de Johnson en Vietnam.

Pero fue a raíz de esta crisis que otros aliados se volvieron contra el dólar y contra los privilegios especiales de esa moneda y de la libra. Mientras De Gaulle abría la lucha en 1964, el mismo año Alemania Occidental, Holanda, Suiza, Bélgica, Austria y España convirtieron sustanciales cantidades de dólares en oro. Ese año los banqueros alemanes y holandeses comenzaron a hostigar a las compañías nor-

teamericanas que compraban empresas de sus países y se pasaron al bando francés apoyando la política degaullista, en cuanto a la conversión de las reservas de dólares en oro.

La administración de Johnson se vio obligada a tomar medidas mucho más fuertes. Solicitó y obtuvo una reducción de la reserva oficial requerida para el circulante. Extendió los impuestos prohibitivos sobre compras extranjeras a algunos bancos de crédito. Solicitó a las corporaciones industriales y financieras que restringieran las inversiones en el extranjero.

Según la prensa, los principales banqueros están de acuerdo y cooperan, en el presente, con la administración Johnson. Pero los informes anuales de las corporaciones económico-industriales indican que los gigantes industriales están planeando para 1965 inversiones extranjeras mayores que las realizadas durante 1964. Los editoriales señalan un "cierto grado de indiferencia" ante el pedido del presidente de atenerse a un "programa voluntario". Aun cuando se pongan barreras al crédito bancario exterior o a los depósitos de las compañías estadounidenses en los países extranjeros, los grandes capitales tienen muchas escapatorias posibles. La lógica de esta situación conduce a la administración Johnson a pasar de un control voluntario y parcial a controles compulsivos sobre todas las transacciones monetarias con el exterior.

La estrategia de los magnates norteamericanos es conseguir una estabilización parecida a la obtenida por el Imperio Británico en sus días de mayor gloria, basada en que los beneficios procedentes de inversiones extranjeras sean mucho mayores que el volumen de las inversiones nuevas. Los ingleses usaron la diferencia para financiar un exceso de importaciones que proveyeron a una parte de la población de Gran Bretaña de un standard de vida relativamente elevado. Los norteamericanos quieren utilizar esa diferencia para pagar los gastos insumidos en el extranjero por la represión colonialista y las bases de ultramar. Sin embargo, este paraíso parásito no parece poder durar mucho tiempo, por dos razones:

a) El imperialismo norteamericano del siglo veinte, a diferencia del imperialismo británico de 100 años atrás, no tiene como objetivo una detención económica relativa. Por el contrario, tiene que expandirse rápidamente para sostenerse en la competencia económica mundial, y la expansión de inversiones extranjeras es el camino "lógico" para el récord de ganancia que es su objetivo último.

b) La resistencia al neo-colonialismo está creciendo en el mundo y las pretensiones norteamericanas de convertirse en el policía del mundo pueden aumentar su costo de mantenimiento tan rápidamente como las ganancias provenientes de inversiones extranjeras.

Una nueva arma está apenas comenzando a ser empleada: la restricción monetaria y la "austeridad". Este es el método tradicional para rectificar un balance desfavorable. Rebajando el poder adquisitivo total, se llega a disminuir las importaciones. Elevando las tasas de interés se atrae capital extranjero. En los últimos dos años, Japón, Italia, Francia y Gran Bretaña han utilizado esta fórmula con intensidad variada. Esta técnica resolvió el déficit italiano a costa de un severo deterioro industrial. Ahora el gobierno laborista inglés ha impuesto una dosis muy astringente de austeridad a su pueblo, que con seguridad llevará a una detención y quizás a la declinación del crecimiento económico.

Las autoridades de la Reserva Federal han restringido la emisión de moneda en los Estados Unidos. Pero la administración se está resistiendo al consejo de los banqueros europeos de imponer una dosis de austeridad a los norteamericanos, la misma que Washington ha impuesto sucesivamente a tantos países europeos, y que en la actualidad le está imponiendo a Brasil. Si la situación empeora, sin embargo, es posible que se llegue a la restricción aguda del crédito interno, combinada con tasas de interés muy elevadas y con presiones gubernamentales intensas para impedir incrementos en los salarios. Ésta continúa siendo una medida de última instancia, aun al costo de una recesión industrial y una baja en la Bolsa. Pero la particularidad norteamericana reside en el alto nivel de desocupación actual y en la falta total de protección contra eventuales despidos en masa en las industrias, dos factores ausentes en los países europeos occidentales.

Otro problema subyacente hace mucho más difícil —y quizá, insoluble— la posición del gobierno norteamericano. Entre 1948 y 1964 el monto del comercio internacional aumentó dos veces y media, mientras que las reservas de oro de los bancos cen-

trales aumentaron solamente un cuarto de ese valor, y sirvieron como respaldo de oro para tan sólo tres meses de comercio mundial [se puede comparar con el respaldo de un año completo que se observaba antes de la Segunda Guerra Mundial]. Por eso, todo el sistema monetario internacional está en estado de tensión supeditado a que el más pequeño desajuste lo lleve a una crisis.

El abastecimiento de oro es inadecuado porque el precio dictado por los Estados Unidos ha permanecido sin cambios mientras que los precios de todas las otras mercaderías se han duplicado o triplicado. El precio del oro está por debajo de su costo de producción en la mayoría de los países. Por eso, la producción de oro está disminuyendo en todos los países occidentales productores, salvo en Sud-África. Pero por otro lado, la demanda de oro está subiendo por ser requerido por las industrias —militares y espaciales— y los especuladores de Bolsa, que tienen ahora más oro que el Tesoro de los Estados Unidos.

La producción en alza de Sud África no es suficiente para cubrir la creciente demanda para usos industriales de los especuladores y del respaldo del comercio mundial, pero es absolutamente necesaria, al mismo tiempo, para permitir ajustes temporarios. Los 35 dólares por onza de oro no pueden mantenerse como precio un solo año, sin los 400.000 trabajadores esclavos cavando en los infiernos de dos millas de profundidad que constituyen las minas de oro de Sud África. Esto, además de las sustanciosas inversiones norteamericanas en las minas, es la principal razón por la cual los Estados Unidos son los más activos opositores a toda sanción internacional contra Sud África.

Los Estados Unidos han mantenido bajo el precio del oro por tanto tiempo en parte para mantener la preponderancia del dólar; pero quizás para impedir un aumento en el poder adquisitivo de la Unión Soviética, que es un importante exportador de oro. En un plazo largo, como tantas otras políticas basadas en la competencia desleal, también es posible que ésta se vuelva como un boomerang contra los banqueros de Wall Street.

(*The Minority of One*, junio 1965)

BOMBARDEOS POR DESESPERACION

El 27 de setiembre de 1965 se publicó en el "New York Times" un artículo de Jack Langguth, corresponsal en Saigón del célebre diario norteamericano, quien lo escribió en el momento de dejar Vietnam. Aunque no se compartan muchas de sus apreciaciones, el artículo es muy significativo como expresión de la actitud dubitativa de muchos norteamericanos.

Cuando llegué por primera vez a Vietnam pensaba que la guerra no podía ser ganada, pero que valía la pena intentarlo. Ahora a veces pienso que puede ser ganada, pero que no vale la pena hacer ese intento a costa de semejante precio.

En otras épocas, confortables y moralmente honorables, yo podía aun pasar revista a las racionalizaciones oficiales y encontrarlas persuasivas. Si el sufrimiento del campesino en Vietnam debía contribuir a impedir que sufriera el campesino en Tailandia o Laos, las Filipinas o Malasia las consecuencias de futuras guerras, ¿no sería acaso justo que el mundo le pidiera ese sacrificio a los vietnameses? Después de todo, Estados Unidos de Norteamérica no había elegido el campo de batalla. Habían sido los primos del Norte los que marcaron a los survietnameses para la tortura y la mutilación.

Entonces surge la pregunta simple y obstinada que a menudo borra todas las otras consideraciones: ¿por qué se debe permitir a un país subvertir y destruir a otro? ¿Por qué debe Hanoi conquistar a Sur Vietnam? Pero si los EE.UU. no paran al Norte, ¿qué país va a hacerlo? Mientras tomo mi café, indignado, en estos momentos casi aceptaría el sacrificio del pueblo entero de Vietnam del Sur en aras de mis principios. Y así, cuando mis opiniones han comenzado a oscilar y cambiar hora por hora y día por día, a menudo recuerdo la conferencia de prensa que mantuvo un altísimo oficial americano durante el último mes de junio. Había nuevamente alarma en Saigón. Los opositores al Premier del momento, doctor Phan Huy Quat, insistían nuevamente en deponerlo y todo indicaba que pronto lo lograrían.

Un repórter preguntó furioso por qué la embajada de los Estados Unidos no hacía algo para estabilizar la situación. "No objetaría el uso de nuestra influencia para lograr algún tipo de arreglo", contestó

el diplomático, "pero primero habría que decidir cuál es el mejor curso a seguir. Lo he estado pensando durante días y días —y aunque quizás no tendría que decirlo— no sé la respuesta".

Algunos de mis amigos dejaron la reunión disgustados. Les pareció una abyecta confesión de ineptitud. Yo pensé que había sido una de las respuestas más sensatas que había oído en Vietnam. Cuando un periodista escoge un hecho histórico de trascendencia pivotal lo hace entre aquellos sucesos que ha presenciado. Siguiendo esta tendencia, yo diría que la guerra en Vietnam del Sur sufrió un cambio irrevocable el 19 de febrero de 1965.

Los corresponsales en Saigón que estuvieron en el período anterior podrían escoger el 1 de noviembre de 1963, día en que fue depuesto el presidente Ngo Dinh Diem. Habría buenos argumentos también para escoger la noche en que, tres meses después, el sucesor de Diem fue él mismo depuesto por el general Nguyen Khan, comenzando así la escuálida lucha por el poder que aún no ha concluido en Saigón. El 7 de febrero de 1965 los Estados Unidos de Norteamérica bombardearon blancos militares en Vietnam del Norte y para alguna gente esta decisión puede convertirse un día en algo más significativo para la historia de los EE.UU. que para las historias de las dos repúblicas de Vietnam.

Pero 12 días después, el 19 de febrero, los EE.UU. comenzaron a usar su inmenso poder aéreo en una forma menos publicitada. Los pilotos de los aviones a reacción americanos comenzaron a bombardear a Vietnam del Sur.

Como es habitual, el Servicio de Informaciones Militares de los EE.UU. no anunció el cambio de táctica hasta varios días después. El 24 de febrero un vocero hizo saber que el viernes anterior se habían utilizado aviones a reacción para repeler al Vietcong, mientras helicópteros rescataban soldados gubernamentales atrapados en un pasaje montañoso.

Se preguntó al vocero si los aviones a reacción habían sido utilizados desde entonces. "Sí", contestó, "y volverán a ser usados".

Un punto de vista diferente

El secretario de Estado Dean Rusk comenta a menudo que la política norteamericana en Vietnam a él le parece muy simple. Pero lo que los EE.UU. están haciendo actualmente tendría más sentido en cierto modo si uno pudiera imaginar a Vietnam del Sur como un país hostil.

Imaginar, entonces, a todos sus habitantes oponiéndose implacablemente a los norteamericanos. La única excepción es una banda armada de mercenarios, unos 550.000 hombres, que pelea del lado norteamericano. En esta tierra enemiga, los norteamericanos han desembarcado con éxito y establecido bases costeras. Han depuesto al jefe electo del país y tomado Saigón con la misma codicia con que los alemanes tomaron París. El resto del país, sin embargo, no ha sido sometido. Y así, los pilotos norteamericanos vuelan sobre todo el país, todos los días, en centenares de misiones. Bombardean chozas, descriptas luego como "estructuras", y matan veitnameses, descriptos luego como "comunistas".

Mientras tanto, el gobierno norteamericano prepara el envío de decenas de miles de soldados más para desvastar el territorio enemigo. Cuando las bombas hayan destrozado a la gente hasta la sumisión y los infantes controlen el país, los EE.UU. estarán preparados para reparar el daño que han hecho.

Los dermatólogos tratarán a las víctimas del napalm con métodos perfeccionados a costa de las víctimas de Hiroshima. Banqueros e industriales reconstruirán la economía con métodos probados en Tokio y en Bonn. Las chozas finalmente se convertirán en estructuras.

Huevos y bombas

La guerra podría durar cinco años más. La recuperación podría tomar otros quince. Hacia 1985 Vietnam puede haberse convertido en una nueva exposición del modo de vida occidental. ¿Quién habrá sufrido más que ese medio millón de nativos muertos? ¿No hay que romper huevos para hacer una tortilla?

Esta interpretación de las acciones norteamericanas en Vietnam es un desatino exagerado, por supuesto. Los EE.UU. están acá para ayudar a los vietnameses. Los técnicos norteamericanos han traído mejores métodos de cultivo, remedios y escuelas, arroz y frazadas. Los galantes soldados norteamericanos han venido a ayudar al ejército vietnamés a resistir a los asesinos del Vietcong. El pueblo viet-

namés puede no entender el papel de los EE.UU. o no agradecer los regalos y las obras de bien. Pero no son hostiles.

Y entonces, ¿por qué se los bombardea todos los días?

Creo que la razón es simple: puramente por desesperación. Esta desesperación, alimentada por las derrotas norteamericanas ha crecido hasta convertirse en un sistema político que va a ser muy difícil revocar.

Julio de 1964 fue uno de esos períodos esperanzados que caen periódicamente sobre Vietnam del Sur como las lluvias del monzón. Hombres entusiastas, nuevos en sus puestos, se convencieron que el horizonte estaba finalmente a la vista. ¡Llegó el primer equipo!, decían al embajador Haxwell D. Taylor y a sus principales ayudantes.

Del lado vietnamés el general Khan se había mantenido en el poder durante cinco meses. El joven había cautivado a la misión norteamericana. Esta estimación diluyó parte del malestar general. Después de dos golpes de estado, la política de Saigón se había convertido en un tema de bromas internacionales.

La respuesta: terror

Robert S. MacNamara, el Secretario de Defensa de los EE.UU., había volado a Vietnam. Iba dispuesto a demostrarle al primer ministro vietnamés un tipo de apoyo exhuberante y el hábil toque político que el general Khan necesitaba para sobrevivir.

El general trató de apoderarse del poder total en Vietnam del Sur. Cuando las manifestaciones en su contra se generalizaron, el untuoso hombre fuerte dejó la capital. Vietnam del Sur cayó en la anarquía. Ni un soldado, ni un policía, actuó contra los manifestantes. Pandillas católicas y budistas se agredieron a muerte.

Cuando cierto tipo de orden fue restablecido en Saigón, hice un viaje al delta del río Mekong, donde fuí recibido por un oficial de una de las unidades de helicópteros norteamericanos. Era un hombre jovial, casi listo para volver a los EE.UU. después de un año en Vietnam.

Mientras me hablaba con creciente pesimismo sobre los problemas en su provincia, le formulé la pregunta que generalmente termina una discusión:

"¿Cuál es la respuesta a estos acontecimientos?"

Respondió amablemente: "El terror". "El Vietcong ha aterrorizado a los campesinos para conseguir su cooperación o, por lo menos, para detener su oposición. Tenemos que aterrorizar a los paisanos aun más, así verán que su real interés reside en estar de nuestro lado. Tenemos que empezar a bombardear y devastar los villorrios que no son amigos del gobierno. Por supuesto, no lo haremos. No es nuestro modo de actuar y la gente en nuestro país no lo entendería. Pero terror es lo que se necesita".

"Gracias a Dios", pensé, "que este hombre se va del Vietnam".

En ese momento había 16.500 soldados americanos en Vietnam del Sur. Habían sido justamente alabados por su valor y su decencia. Todos ellos tenían dudas sobre la efectividad del esfuerzo norteamericano, pero ninguno dudaba de la justicia de la causa.

Las tropas de las Fuerzas Especiales, con sus boinas verdes, han sido entrenadas secretamente en los raids nocturnos y en las matanzas súbitas. Sin embargo, después de tres meses en Vietnam, estaban proveyendo de asistencia médica a centenares de aldeanos, construyendo escuelas, ocupándose de los sembrados.

El total de la operación norteamericana era sacrificado y constructivo. Pero no funcionaba. El Vietcong se fortalecía mes a mes. Empezó a hacerse evidente que desde Vietnam del Norte llegaban soldados a suplementar al Vietcong en el Sur.

Durante la campaña presidencial en los EE.UU., fue constantemente negada la evidencia de la actividad del Vietnam del Norte. Cualquier cosa que hubiera forzado a una acción más ruda en Vietnam, particularmente contra el Norte, debía ser ignorada en esos momentos. Puede haber sido en ese período en el cual los líderes comunistas se equivocaron en los cálculos. Vieron dos candidatos presidenciales —uno militarista y uno que daba todas las seguridades de paz— y contemplaron cómo la nación se alejaba del militarismo.

La nueva guera es un infante de marina norteamericano prendiendo fuego a una choza porque se parece a un cuartel vietcong. Es un paracaidista norteamericano torturando al jefe de un pueblo por-

que no tienen intérpretes para explicar su importancia. Es el bombardeo.

En Song Be, Dongxoai, Bag Ia, los aviones a reacción invirtieron la suerte de las mayores batallas durante toda la primavera.

El problema civil

Durante su último viaje a Vietnam, el Secretario de Estado Mac Namara dijo a periodistas que le habían molestado las versiones según las cuales los pilotos norteamericanos han estado matando civiles en sus raids sobre el sur. Dijo haberle preguntado a muchos pilotos durante su visita de cinco días a Vietnam, y ninguno de ellos le contestó que hubiera matado ningún civil. De cualquier modo, matar civiles no entraba dentro de la política norteamericana.

Los pilotos, aquellos con quienes el Secretario de Estado no se encontró, saben que están bombardeando poblaciones civiles. Algunos lo lamentan y se preocupan. A otros no les importa. Hay un sistema elaborado para aliviarles las conciencias —instrucciones, la aprobación del jefe provincial vietnamés— todo tendiente a permitir solamente el bombardeo al Vietcong. Sin embargo, los pilotos conocen la diferencia entre el sistema y el resultado.

Más selectivo que el bombardeo es el envío de tropas de infantería al encuentro del Vietcong. Pero esto requiere una fuerza mucho mayor que la que los vietnameses del Sur pueden juntar o que los norteamericanos están dispuesto a mandar por ahora.

Algunos observadores de la misión norteamericana en Saigón, del comando militar y de la prensa, creen que la estrategia en curso no puede ganar. Dicen que los EE.UU. nunca podrán enviar un número suficiente de tropas como para hacer semejante trabajo. Quizás sus premisas estén equivocadas. La mayoría de los vietnameses probablemente no serán ni hostiles ni amigos. Odiarán la guerra y migrarán hacia los centros de refugiados para evitar el combate. Estarán aturdidos de dolor y de desesperanza. Si los EE.UU. están preparados a usar sus aviones para matar dos o tres civiles por cada Vietcong, los comunistas quizás sean vencidos.

Las preguntas abiertas

Me formulo estas preguntas al dejar Vietnam: ¿Si una nación comienza una guerra horrible e inhumana, el honor nacional requiere resistir aun más brutalmente? Pero entonces, ¿por qué EE.UU. no puede proseguir la guerra en sus propios términos en vez de seguir reglas que lo llevarán a la derrota? ¿Quizá los comunistas serán intimidados por la fuerza americana y terminarán la agresión antes que el Vietnam del Sur sufra más miserias?

Si los EE.UU. pueden solamente vencer en Vietnam usando aviones norteamericanos y tropas norteamericanas, ¿ha aprendido el gobierno algo sobre guerra de guerrillas? ¿Va a parecer justificada, dentro de quince años, esta desesperación norteamericana por Vietnam del Sur? ¿Estarán mejor los campesinos de Vietnam del Sur bajo el régimen de Nguyen Kao Ky o sus sucesores que bajo el del presidente Ho Chi Minh de Vietnam del Norte?

¿Se sentirá segura Thailandia con una victoria de EE.UU. en Vietnam, lograda a grandes costos de población civil? ¿Los EE.UU. están cometiendo errores en su política hacia China que deberán ser corregidos en el futuro? ¿O están aprendiendo las nuevas generaciones de China que las guerras de liberación pueden ser demasiado costosas?

Y por último, ¿los EE.UU. están ayudando al pueblo de Vietnam del Sur más de lo que lo están destrozando? No lo sé.

A los amigos de COLUMNA 10:

Debemos confesar que nosotros también creíamos en el casi lugar común que establece que en la Argentina no existe el hábito de escribir y que es muy difícil que un impulso sea bastante fuerte para justificar el trabajo de hacer un giro y despacharlo por correo. Por eso es mayor la satisfacción con que agradecemos a quienes nos han escrito y nos han hecho llegar su ayuda generosa. Gracias a ellos COLUMNA 10 puede seguir apareciendo y ha aumentado su tirada. Si la solidaridad sigue manifestándose por unos pocos meses más habremos vencido una pequeña pero importante batalla contra nuestra, más publicitada que real, apatía.

EL FISICO SCHÖMBERG ARRESTADO

El "Jornal do Brasil" en su edición del día 24 de setiembre informa de la detención, por la policía de San Pablo, del físico brasileño Mario Schömberg.

La actitud decidida del Dr. Schömberg ante la arbitraria medida y la protesta internacional obligó al gobierno brasileño a autorizar finalmente la salida del físico que pudo, a último momento, participar en la reunión a la cual había sido invitado.

A pesar del cambio de situación publicamos la noticia del "Jornal do Brasil" por la permanencia de la lección de valor cívico que la carta del profesor Schömberg encierra.

En momentos en que el doctor Mario Schömberg, físico de renombre internacional, se disponía a partir para Japón, adonde había sido invitado para participar en el Congreso Internacional sobre Partículas Elementales, fue citado ante la Auditoría de la Segunda región militar, donde se le comunicó que estaba detenido por orden del DOPS (División de Orden Político y Social).

El juez auditor José Tinoco Barreto ha tratado al doctor Schömberg con deferencia haciéndolo alojar, como detenido, en una celda especial, autorizando las visitas de su esposa dos veces por semana y permitiendo que entregara, antes de ser recluido, una carta dirigida "a los científicos, artistas y estudiantes brasileños", en la cual explica su situación.

El profesor Mario Schömberg dice que se encuentra "como protagonista de uno de los más lamentables y groseros atentados a la cultura y a la ciencia que jamás se hayan realizado en tierra brasileña.

"He sido invitado —agrega— conjuntamente con 26 físicos teóricos de varios países, siendo el único latinoamericano del grupo, para participar en la Conferencia Internacional sobre Partículas Elementales, patrocinada por la Unión Internacional de Física Pura y Aplicada, que debía realizarse en Kioto, del 24 al 30 de setiembre, en conmemoración del 30º aniversario del descubrimiento de la teoría mesónica de las fuerzas nucleares por el eminente físico japonés Hikee Hideki Yukawa. Esta invitación representaba, obviamente, un reconocimiento de la importancia que se da a la física teórica brasileña y debe ser considerada como uno de los más altos homenajes rendidos a la cultura brasileña, si se tiene en cuenta el reducidísimo número de científicos invitados y que ellos pertenecen a sólo diez países.

"Cuando solicité autorización para viajar, la 2ª Auditoría de San Pablo, por el Consejo Permanente, decretó mi prisión preventiva juntamente con la de tres profesores de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo. Fueron tentados todos los recursos jurídicos sin obtener resultado hasta el momento. Los llamados dirigidos por la Comisión Organizadora Japonesa a las más elevadas autoridades del país, no han sido escuchados. La postergación del tratamiento de mi *habeas corpus* para el día 24 de setiembre, hace imposible mi participación en la Conferencia: por otra parte, debe saberse que no tengo siquiera pasaporte. Nada hubiera querido tanto como responder a la honorífica invitación que me fue hecha, pero sólo me resta entregarme a mis carceleros protestando enérgicamente contra este atropello. Esto implica también grave riesgo para mi salud bien precaria después de un año y medio de prisiones, clandestinidad y persecusiones continuas que me han sido implacablemente impuestas por los enemigos de la libertad de la cultura.

"Creo que cometería una traición a la causa de la cultura tratando de evitar la prisión decretada. Es preciso que la opinión pública nacional e internacional comprenda que no sólo me fue negado el pasaporte y la visa de salida, sino que se me condena a la prisión. La prensa hablada y escrita notificó ampliamente sobre las espectaculares medidas policiales tomadas en los aeropuertos para evitar mi eventual viaje al Japón, es decir, para evitar que cometiera el crimen de llevar la voz de la ciencia brasileña a uno de los más grandes cónclaves internacionales.

"Entregándome prisionero acepto voluntariamente todas las consecuencias eventuales, aspirando solamente a que mi sacrificio contribuya a despertar las conciencias adormecidas por la displicencia y el oscurantismo que se abaten sobre el Brasil."

UNIVERSIDAD DE BRASILIA

Universitarios de todo el mundo se han dirigido al diputado del Congreso Nacional de Brasil Saturnino Braga, expresándole la profunda preocupación que causa la purga de que está siendo objeto el cuerpo docente de la joven y prestigiosa Universidad de Brasilia.

Este hecho, sumado a las persecusiones, arrestos y despidos de que han sido víctimas universitarios de Río de Janeiro y San Pablo, hacen temer por el futuro científico y las perspectivas de progreso brasileñas.

Si le parece interesante que COLUMNA 10 se difunda y quiere cooperar con nosotros, haga llegar su contribución a C. R. S., Casilla de Correo Central nº 1811.
m$n. 1.000 permitirán difundir cien ejemplares más.

CORREO ARGENTINO
CENTRAL
TARIFA REDUCIDA
Concesión 7851
FRANQUEO PAGADO
Concesión 2323

PROPIEDAD INTELECTUAL 867077